



LOS CUATRO DE GUI SANDO Y OTRAS ANTIGÜEDADES

Por ALVARO CUNQUEIRO

No hagamos, ni siquiera por esta vez, arqueología. Atengámonos, hasta donde sea posible, a la leyenda. Y valga para el morro, quizá antaño careto de luna, de los reposados toros de Guisando, el verso de vida de la Taurobolia cretense, inventado en su *Chaut Royal des Crétois* por el poeta Henry de Montherlant:

*Le sang au fond de ses naseaux
est comme des dahlias en fleur!"*

No haré arqueología. Con el Rey de Bastos, Hércules esforzado, pasemos revista al toro ibérico. Hércules comienza desnucándolo en el heroico mosaico de Liria para terminar cabalgándolo en bronce balear como un veda de la poblada India, y el Rey de Bastos cabalga el dador de la vida, el Naudi sagrado como el Ganges, padre del toro cretense, hermoso para los juegos de las doncellas. (En Creta, y no se mal comente, los mozos se vestían de doncellas para soltar palomas y brincar con el toro.) Y cuando Viriato pone punto final a la aventura celtibérica de Hércules, hace una hoguera fabulosa de toros y romanos: es, probablemente, la última vez que el toro coge a Roma. Esos cuatro toros serios de Guisando, castos y bautizados, no tienen cuerna porque la quemaron en la aventura del pastor y los procónsules. Y el de Osuna, hoy en el Louvre de París, se nos aparece como el mariscal de los toros ibéricos, Bonaparte carpetovetónico, toro cuajado, aleonado, mogón y carifosco. Al lado del toro de Osuna, el toro griego, pacífico en el Museo Británico, conmemora el centenario de Van Dick. Los toros de bronce mallorquines hallados en Costig son toros, según canon helénico, dados a la caricia del euclidiano. No los quiero, aunque reconozco su estirpe y su belleza. Prefiero el toro escocés, del que se dice ataca a los puritanos. De color protestante, cubetos, son toros con religión, aunque no sean teólogos. La religión ante todo.

Teólogo, lo que se dice teólogo, lo fué el toro de la puente de Salamanca. Y cantador:

El toro le dijo al río...

Toro de Salamanca: aprendiz matriculado en prima de picaresca, bruto y serio, es seguro que no desmentiría su sangre berroqueña, sangre de canto rodado, de torno de Castilla. En la cuerda floja sobre el Tormes enseñó al señor Pascal y al señor Unamuno a no dar ojos al vértigo de los abismos. Aunque pícaro, católico; a Dios lo que es de Dios... ¿Y al diablo?

Dos veces se echó al ruedo el Demonio vestido de torero: en Plasencia y en el *Milagro XX*, del maestro Gonzalo de Berceo, nommado. Cuando Satanás se viste de toro, lo torea la Virgen María; en Plasencia mi-

niada está la faena en el *Libro de las Cantigas*, de Don Alfonso el Sabio, y en el milagro del clérigo embriagado la suerte se atestigua por los versos del poeta y peregrino:

*Vino Sancta María con ábito onrrado;
el toro fan superbio jué luego amansado.
Menazoli la duenna con la falda del manto...*

Por medias verónicas salvó la Virgen al clérigo borracho...
Ave María gratia plena...

Y a propósito de toros y avemarias, como en antigüedades andamos, hablemos de la genealogía de los Pargas de Astáriz y los Saavedras. En diciendo que se trata de una genealogía gallega, se califica, por anticipado, de fabulosa. Estos Pargas y estos Saavedras se decían parientes cercanos de Nuestra Señora. Una dama, doña Fulana de Parga, que hace unos treinta años vivía en Vivero de Logo, rezaba así los dieces de su cotidiano rosario:

*Dios te salve, María;
parienta y señora mía,
llena eres de gracia...*

Y los criados le respondían:

*Santa María,
parienta de usía,
madre de Dios, ruega señora...*

Por este lado con Nuestra Señora, por el otro con un toro: con los Galeotos de Italia, nietos de Ludolfo "il Tauro" y de Federico "il Taurello", sangre de Carlomagno y gibelinos de pro, en el escudo un toro de oro sobre campo de gules; entre toros y avemarias se fabricaron Pargas y Saavedras su linaje. Veinte toros de piedra en veinte escudos se dejaron labrar con este engaño. Son los únicos toros celtas. La bestia de mi país es el torpe dragón.

No hagamos, ni siquiera por esta vez, arqueología. Me atengo a la leyenda. Y los cuatro de Guisando, antaño caretos de luna y hogaño caretos de sol, sientan cómo del sueño y de la sombra se hace verdad y luz, en sacrificio a Hércules esforzado, el verso que pide que la sangre en el fondo de sus hocicos viva como dalias en flor. Serios y severos, os aseguro que no anda por esas plazas niño que los toree. ¿Por ello ha de ocuparse de sus arrobos de piedra, amigo Samuel Ros, la grave arqueología que todos detestamos? Ensayemos otra vez al Rey de Bastos en la fábula del toro ibérico.



Foto Díez